

# MEDITACIONES Y ORACIONES DEL VIA CRUCIS



Por el Card. Joseph A. Ratzinger  
(S.S. Benedicto XVI)

**¡Ponle fe!**  
MISERECORDIAM VOLO ET SUUM SACRIFICIUM

3era edición digital - THEOTOKOS Editores

## **MEDITACIONES Y ORACIONES DEL VÍA CRUCIS (Edición digital) (\*)**

**Autor de las meditaciones y oraciones del presente libro:**  
Cardenal Joseph Ratzinger (S.S. Benedicto XVI)

**Preparación, Diseños y Diagramación digital:**

THEOTOKOS Editores & BLOG ¡Ponle fe!

[www.ponlefe.com](http://www.ponlefe.com)

[www.facebook.com/ponlefe](https://www.facebook.com/ponlefe)

[ponlefe@ponlefe.com](mailto:ponlefe@ponlefe.com)

**Editado por:**

THEOTOKOS Editores & ¡PONLE FE!

Lima – Perú

3era. Edición digital 2019 (\*) (\*\*)

Proyecto Editorial: 0001-06102019

© THEOTOKOS Editores

(\*) La presente edición digital es de libre adquisición y distribución. Con el fin de poder continuar nuestros proyectos de evangelización a través de medios digitales agradeceremos tu colaboración por medio de alguna donación, para ello puedes contactarnos en nuestro sitio web: [www.ponlefe.com](http://www.ponlefe.com)

(\*\*) En caso tenga interés en adquirir ejemplares impresos en papel, por favor contáctenos desde nuestro sitio web: [www.ponlefe.com](http://www.ponlefe.com)

**MEDITACIONES Y ORACIONES  
DEL VIA CRUCIS**

Por el Cardenal Joseph A. Ratzinger  
(S.S. BENEDICTO XVI)

## ÍNDICE

- Prólogo .....	04
- Mensaje a los fieles (S.S. Juan Pablo II).....	05
- Presentación del autor Card. Joseph Ratzinger .....	06
- Oración inicial .....	08
- Primera estación (Jesús es condenado a muerte) .....	09
- Segunda estación (Jesús con la cruz a cuestas) .....	11
- Tercera estación (Jesús cae por primera vez) .....	13
- Cuarta estación (Jesús se encuentra con su Madre).....	15
- Quinta estación (El cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz) .....	17
- Sexta estación (La Verónica enjuga el rostro de Jesús)....	19
- Séptima estación (Jesús cae por segunda vez) .....	21
- Octava estación (Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén) .....	23
- Novena estación (Jesús cae por tercera vez) .....	25
- Décima estación (Jesús es despojado de sus vestiduras) .....	27
- Décima primera estación (Jesús es clavado en la cruz) ...	29
- Décima segunda estación (Jesús es clavado en la cruz)....	31
- Décima tercera estación (Jesús muere en la cruz) .....	34
- Décima cuarta estación (Jesús es puesto en el sepulcro)...	36
- Ilustración de la Resurrección del Señor.....	39

---

## PRÓLOGO

A inicios del año 2005, el Papa Juan Pablo II se encontraba gravemente enfermo debido a una serie de complejidades que mermaron para pesar de muchos su salud. Bajo estas condiciones el Santo Padre encarga a su amigo el Cardenal Joseph A. Ratzinger —prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe— que elabore las meditaciones y oraciones que serían utilizadas el viernes santo (25 de marzo de aquel año), en el Vía Crucis que se llevaría a cabo en el Coliseo Romano.

De tal manera, el Cardenal Ratzinger, que poco tiempo después sería proclamado nuevo Papa con el nombre de Benedicto XVI, elaboró el documento que se transcribe en el presente libro. Conocidos son los dotes de gran pensador, agudo teólogo y fiel siervo del Señor del ahora Papa emérito como para dar mayores detalles de su trayectoria en la Iglesia de Cristo, así como poder expresar el recogimiento que producen sus meditaciones y oraciones en esta edición, las que sólo queda leer y rezar para poder hacerlas parte de uno.

A modo de presagio, el Cardenal Ratzinger centra su meditación en un versículo del evangelio de San Juan: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12,24). Es así, que el presente Vía crucis nos habla del itinerario terrenal del Señor y, por qué no, de todo siervo de Dios que ha dedicado y dado su vida por Él. Una semana después de aquel viernes santo (02 de abril), fallece su Santidad Juan Pablo II, dejándonos en la memoria viva de aquellos que aquí en la tierra anhelamos algún día poder llegar a compartir la Gloria de Dios, un bagaje de enseñanzas y ejemplos de vida incomparables y dignos de imitar.

Aurelio Cáceres A.  
Editor

¡Para mayor gloria de Dios y de su Santa Iglesia!  
¡Ruega por nosotros San Juan Pablo II!

## **MENSAJE A LOS FIELES**

(S.S. San Juan Pablo II)

Amadísimos hermanos y hermanas:

Estoy espiritualmente con vosotros en el Coliseo, un lugar que evoco en mí tantos recuerdos y emociones, para realizar el sugestivo rito del Vía Crucis en esta tarde del Viernes Santo.

Me uno a vosotros en la invocación tan profunda y llena de significado: «Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per Sanctam crucem tuam redemisti mundum». Sí, adoramos y bendecimos el misterio de la Cruz del Hijo de Dios, porque es precisamente de esa muerte de donde ha brotado una nueva esperanza para la humanidad.

La adoración de la cruz nos recuerda un compromiso que no podemos eludir: la misión que San Pablo expresaba con las palabras: «Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1,24). Yo también ofrezco mis sufrimientos para que el designio de Dios se cumpla y su palabra camine entre las gentes. Asimismo, me siento cerca de los que, en este momento, se encuentran probados por el sufrimiento. Pido por cada uno de ellos.

En este día, memorial de Cristo crucificado, contemplo y adoro con vosotros la cruz y repito las palabras de la liturgia: «O crux, ave spes unica!». ¡Salve, oh cruz, única esperanza, danos paciencia y valentía, y obtén la paz para el mundo!

Con estos sentimientos, os bendigo a vosotros y a todos los que participan en este Vía Crucis a través de la radio o la televisión.

Vaticano, 25 de marzo de 2005.  
S.S. JUAN PABLO II

## PRESENTACIÓN

(Card. Joseph A. Ratzinger)

El tema central de este Vía Crucis se indica ya al comienzo, en la oración inicial, y después de nuevo en la XIV estación. Es lo que dijo Jesús el Domingo de Ramos, inmediatamente después de su ingreso en Jerusalén, respondiendo a la solicitud de algunos griegos que deseaban verle: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12,24). De este modo, el Señor interpreta todo su itinerario terrenal como el proceso del grano de trigo, que solamente mediante la muerte llega a producir fruto. Interpreta su vida terrena, su muerte y resurrección, en la perspectiva de la Santísima Eucaristía, en la cual se sintetiza todo su misterio. Puesto que ha consumado su muerte como ofrecimiento de sí, como acto de amor, su cuerpo ha sido transformado en la nueva vida de la resurrección.

Por eso Él, el Verbo hecho carne, es ahora el alimento de la auténtica vida, de la vida eterna. El Verbo eterno -la fuerza creadora de la vida- ha bajado del cielo, convirtiéndose así en el verdadero maná, en el pan que se ofrece al hombre en la fe y en el sacramento. De este modo, el Vía Crucis es un camino que nos adentra en el misterio eucarístico: la devoción popular y la piedad sacramental de la Iglesia se enlazan y compenentran mutuamente. La oración del Vía Crucis puede entenderse como un camino que conduce a la comunión profunda, espiritual con Jesús, sin la cual la comunión sacramental quedaría vacía. El Vía Crucis se muestra, pues, como recorrido «mistagógico».

A esta visión del Vía Crucis se contraponen una concepción meramente sentimental, de cuyos riesgos el Señor, en la VIII estación, advierte a las mujeres de Jerusalén que lloran por Él. No basta el simple sentimiento; el Vía Crucis debería ser una escuela de fe, de esa fe que por su propia naturaleza «actúa por la caridad» (Ga 5,6). Lo cual no quiere decir que se deba excluir el sentimiento. Para los Padres de la Iglesia, una carencia básica de los paganos era precisamente su

insensibilidad; por eso les recuerdan la visión de Ezequiel, el cual anuncia al pueblo de Israel la promesa de Dios, que quitaría de su carne el corazón de piedra y les daría un corazón de carne (cf. Ez 11,19). El Vía Crucis nos muestra un Dios que padece Él mismo los sufrimientos de los hombres, y cuyo amor no permanece impassible y alejado, sino que viene a estar con nosotros, hasta su muerte en la cruz (cf. Flp 2,8).

El Dios que comparte nuestras amarguras, el Dios que se ha hecho hombre para llevar nuestra cruz, quiere transformar nuestro corazón de piedra y llamarnos a compartir también el sufrimiento de los demás; quiere darnos un «corazón de carne» que no sea insensible ante la desgracia ajena, sino que sienta compasión y nos lleve al amor que cura y socorre. Esto nos hace pensar de nuevo en la imagen de Jesús acerca del grano de trigo, que Él mismo transforma en la fórmula básica de la existencia cristiana: «El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,25; cf. Mt 16,25; Mc 8,35; Lc 9,24; 17,33: «El que pretenda guardarse su vida, la perderá; y el que la pierda, la recobrará»). Así se explica también el significado de la frase que, en los Evangelios sinópticos, precede a estas palabras centrales de su mensaje: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga» (Mt 16,24).

Con todas estas expresiones, Jesús mismo ofrece la interpretación del Vía Crucis, nos enseña cómo hemos de rezarlo y seguirlo: es el camino del perderse a sí mismo, es decir, el camino del amor verdadero. Él ha ido por delante en este camino, el que nos quiere enseñar la oración del Vía Crucis. Volvemos así al grano de trigo, a la Santísima Eucaristía, en la cual se hace continuamente presente entre nosotros el fruto de la muerte y resurrección de Jesús. En ella Jesús camina con nosotros, como aquella vez con los discípulos de Emaús, haciéndose siempre de nuevo contemporáneo nuestro.



## ORACIÓN INICIAL

V/. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

Señor Jesucristo, por nosotros aceptaste correr la suerte del grano de trigo que cae en tierra y muere para producir mucho fruto (Jn 12,24). Tú nos invitas a seguirte cuando dices: «El que se ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna» (Jn 12,25). Sin embargo, nosotros nos aferramos a nuestra vida. No queremos abandonarla, sino guardarla para nosotros mismos. Queremos poseerla, no ofrecerla, pero tú te adelantas y nos muestras que sólo entregándola salvamos nuestra vida. Mediante este ir contigo en el Vía Crucis quieres guiarnos hacia el proceso del grano de trigo, hacia el camino que conduce a la eternidad. La cruz -la entrega de nosotros mismos- nos pesa mucho. Pero en tu Vía Crucis tú has cargado también con mi cruz, y no lo has hecho en un momento del pasado, porque tu amor es contemporáneo a mi vida. La llevas hoy conmigo y por mí y, de una manera admirable, quieres que ahora también yo, como entonces Simón de Cirene, lleve contigo tu cruz y que, acompañándote, me ponga contigo al servicio de la redención del mundo.

Ayúdame para que mi Vía Crucis no se reduzca a un momentáneo sentimiento de devoción. Ayúdanos a acompañarte no sólo con nobles pensamientos, sino a recorrer tu camino con el corazón, más aún, con los pasos concretos de nuestra vida cotidiana. Ayúdanos a encaminarnos con todo nuestro ser por la senda de la cruz y a seguir siempre tus huellas. Líbranos del temor a la cruz, del miedo a las burlas de los demás, del miedo a que se nos pueda escapar nuestra vida si no aprovechamos con afán todo lo que nos ofrece. Ayúdanos a desenmascarar las tentaciones que prometen vida, pero cuyos resultados, al final, sólo nos dejan vacíos y frustrados. Ayúdanos a no apoderarnos de la vida, sino a darla. Ayúdanos, al acompañarte en este itinerario del grano de trigo, a encontrar, en el «perder la vida», la vía del amor, la vía que verdaderamente nos da la vida, y vida en abundancia (Jn 10,10).

## PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es condenado a muerte



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,22-23.26:

Pilato les preguntó: «¿y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?»

Contestaron todos: «¡Que lo crucifiquen!» Pilato insistió: «pues ¿qué

mal ha hecho?» Pero ellos gritaban más fuerte: «¡que lo crucifiquen!»

Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

## MEDITACIÓN

El Juez del mundo, que un día volverá a juzgarnos, está allí, humillado, deshonrado e indefenso delante del juez terreno. Pilato no es un monstruo de maldad. Sabe que este condenado es inocente; busca el modo de liberarlo. Pero su corazón está dividido. Y al final prefiere su posición personal, su propio interés, al derecho. También los hombres que gritan y piden la muerte de Jesús no son monstruos de maldad. Muchos de ellos, el día de Pentecostés, sentirán «el corazón compungido» (Hch 2, 37), cuando Pedro les dirá: «Jesús Nazareno, que Dios acreditó ante vosotros (...), lo matasteis en una cruz por manos de los impíos» (Hch 2,22 ss). Pero en aquel momento estaban sometidos a la influencia de la muchedumbre. Gritan porque gritan los demás y como gritan los demás. Y así, la justicia es pisoteada por la vileza, por la pusilanimidad, por miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante. La sutil voz de la conciencia es sofocada por el grito de la muchedumbre. La indecisión, el respeto humano dan fuerza al mal.

## ORACIÓN

Señor, has sido condenado a muerte porque el miedo al «qué dirán» ha sofocado la voz de la conciencia. Sucede siempre así a lo largo de la historia; los inocentes son maltratados, condenados y asesinados. ¡Cuántas veces hemos preferido también nosotros el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia! Fortalece en nuestra vida la sutil voz de la conciencia, tu voz. Mírame como lo hiciste con Pedro después de la negación. Que tu mirada penetre en nuestras almas y nos indique el camino en nuestra vida. El día de Pentecostés has conmovido el corazón e infundido el don de la conversión a los que el Viernes Santo gritaron contra ti. De este modo nos has dado esperanza a todos. Danos también a nosotros de nuevo la gracia de la conversión.

Todos: Padre nuestro...

## SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús con la cruz a cuestas



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,27-31:

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de Él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y, trenzando una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante Él la rodilla, se burlaban diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!». Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

## MEDITACIÓN

Jesús, condenado por declararse rey, es escarnecido, pero precisamente en la burla emerge cruelmente la verdad. ¡Cuántas veces los signos de poder ostentados por los potentes de este mundo son un insulto a la verdad, a la justicia y a la dignidad del hombre! ¡Cuántas veces sus ceremonias y sus palabras grandilocuentes, en realidad, no son más que mentiras pomposas, una caricatura de la tarea a la que se deben por su oficio, el de ponerse al servicio del bien! Jesús, precisamente por ser escarnecido y llevar la corona del sufrimiento, es el verdadero rey. Su cetro es la justicia (Sal 44,7). El precio de la justicia es el sufrimiento en este mundo: Él, el verdadero rey, no reina por medio de la violencia, sino a través del amor que sufre por nosotros y con nosotros. Lleva sobre sí la cruz, nuestra cruz, el peso de ser hombres, el peso del mundo. Así es como nos precede y nos muestra cómo encontrar el camino para la vida eterna.

## ORACIÓN

Señor, te has dejado escarnecer y ultrajar. Ayúdanos a no unirnos a los que se burlan de quienes sufren o son débiles. Ayúdanos a reconocer tu rostro en los humillados y marginados. Ayúdanos a no desanimarnos ante las burlas del mundo cuando se ridiculiza la obediencia a tu voluntad. Tú has llevado la cruz y nos has invitado a seguirte por ese camino (Mt 10,38). Danos fuerza para aceptar la cruz, sin rechazarla; para no lamentarnos ni dejar que nuestros corazones se abatan ante las dificultades de la vida. Anímanos a recorrer el camino del amor y, aceptando sus exigencias, alcanzar la verdadera alegría.

Todos: Padre nuestro...

## TERCERA ESTACIÓN

Jesús cae por primera vez



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del profeta Isaías 53,4-6:

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre Él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre Él todos nuestros crímenes.

## MEDITACIÓN

El hombre ha caído y cae siempre de nuevo. ¡Cuántas veces se convierte en una caricatura de sí mismo y, en vez de ser imagen de Dios, ridiculiza al Creador! ¿No es acaso la imagen por excelencia del hombre aquel que, bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de los salteadores que lo despojaron dejándolo medio muerto, sangrando al borde del camino? Jesús que cae bajo la cruz no es sólo un hombre extenuado por la flagelación. El episodio resalta algo más profundo, como dice San Pablo en la carta a los Filipenses: «Él, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2,6-8). En su caída bajo el peso de la Cruz aparece todo el itinerario de Jesús: su humillación voluntaria para liberarnos de nuestro orgullo. Subraya a la vez la naturaleza de nuestro orgullo: la soberbia que nos induce a querer emanciparnos de Dios, a ser sólo nosotros mismos, sin necesidad del amor eterno y aspirando a ser los únicos artífices de nuestra vida. En esta rebelión contra la verdad, en este intento de hacernos dioses, nuestros propios creadores y jueces, nos hundimos y terminamos por autodestruirnos. La humillación de Jesús es la superación de nuestra soberbia: con su humillación nos ensalza. Dejemos que nos ensalce. Despojémonos de nuestra autosuficiencia, de nuestro engañoso afán de autonomía y aprendamos de Él, que se ha humillado, a encontrar nuestra verdadera grandeza, humillándonos y dirigiéndonos hacia Dios y los hermanos oprimidos.

## ORACIÓN

Señor Jesús, el peso de la cruz te ha hecho caer. El peso de nuestro pecado, el peso de nuestra soberbia, te derriba. Pero tu caída no es signo de un destino adverso, no es la pura y simple debilidad de quien es despreciado. Has querido venir a socorrernos porque a causa de nuestra soberbia yacemos en tierra. La soberbia de pensar que podemos forjarnos a nosotros mismos lleva a transformar al hombre en una

especie de mercancía, que se puede comprar y vender, una reserva de material para nuestros experimentos, con los cuales esperamos superar por nosotros mismos la muerte, mientras que, en realidad, no hacemos más que mancillar cada vez más profundamente la dignidad humana. Señor, ayúdanos porque hemos caído. Ayúdanos a renunciar a nuestra soberbia destructiva y, aprendiendo de tu humildad, a levantarnos de nuevo.

Todos: Padre nuestro...

### **CUARTA ESTACIÓN**

Jesús se encuentra con su Madre



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.



Del Evangelio según San Lucas 2, 34-35.51:

Simeón dijo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma». Su madre conservaba todo esto en su corazón.

## MEDITACIÓN

En el Vía Crucis de Jesús está también María, su Madre. Durante su vida pública tuvo que retirarse para dejar que naciera la nueva familia de Jesús, la familia de sus discípulos. También hubo de oír estas palabras: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... El que cumple la voluntad de mi Padre del cielo, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Mt 12,48-50). Y esto muestra que ella es la Madre de Jesús no solamente en el cuerpo, sino también en el corazón. Porque, incluso antes de haberlo concebido en el vientre, con su obediencia lo había concebido en el corazón. Se le había dicho: «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo... Será grande..., el Señor Dios le dará el trono de David su padre» (Lc 1,31 ss). Pero poco más tarde el anciano Simeón le diría también: «Y a ti, una espada te traspasará el alma» (Lc 2,35). Esto le haría recordar palabras de los profetas como éstas: «Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría boca; como un cordero llevado al matadero» (s 53,7). Ahora se hace realidad. En su corazón habrá guardado siempre la palabra que el ángel le había dicho cuando todo comenzó: «No temas, María» (Lc 1,30). Los discípulos han huido, ella no. Está allí, con el valor de la madre, con la fidelidad de la madre, con la bondad de la madre, y con su fe, que resiste en la oscuridad: «Bendita tú que has creído» (Lc 1,45). «Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (Lc 18,8). Sí, ahora ya lo sabe: encontrará fe. Éste es su gran consuelo en aquellos momentos.

## ORACIÓN

Santa María, Madre del Señor, permaneciste fiel cuando los discípulos huyeron. Al igual que creíste cuando el ángel te anunció lo que parecía increíble -que serías la madre del Altísimo-, también has creído en el momento de su mayor humillación. Por eso, en la hora de la cruz, en la

hora de la noche más oscura del mundo, te han convertido en la Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia. Te rogamos que nos enseñes a creer y nos ayudes para que la fe nos impulse a servir y dar muestras de un amor que socorre y sabe compartir el sufrimiento.

Todos: Padre nuestro...

### **QUINTA ESTACIÓN**

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,32; 16,24:

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz.

Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

### MEDITACIÓN

Simón de Cirene, de camino hacia casa volviendo del trabajo, se encuentra casualmente con aquella triste comitiva de condenados, un espectáculo quizás habitual para Él. Los soldados usan su derecho de coacción y cargan al robusto campesino con la cruz. ¡Qué enojo debe haber sentido al verse improvisamente implicado en el destino de aquellos condenados! Hace lo que debe hacer, ciertamente con mucha repugnancia. El evangelista San Marcos menciona también a sus hijos, evidentemente conocidos como cristianos, como miembros de aquella comunidad (Mc 15,21). Del encuentro involuntario ha brotado la fe. Acompañando a Jesús y compartiendo el peso de la cruz, el Cireneo comprendió que era una gracia poder caminar junto a este Crucificado y socorrerlo. El misterio de Jesús sufriente y mudo le ha llegado al corazón. Jesús, cuyo amor divino es lo único que podía y puede redimir a toda la humanidad, quiere que compartamos su cruz para completar lo que aún falta a sus padecimientos (Col 1,24). Cada vez que nos acercamos con bondad a quien sufre, a quien es perseguido o está indefenso, compartiendo su sufrimiento, ayudamos a llevar la misma cruz de Jesús. Y así alcanzamos la salvación y podemos contribuir a la salvación del mundo.

### ORACIÓN

Señor, a Simón de Cirene le abriste los ojos y el corazón, dándole, al compartir la cruz, la gracia de la fe. Ayúdanos a socorrer a nuestro prójimo que sufre, aunque esto contraste con nuestros proyectos y nuestras simpatías. Danos la gracia de reconocer como un don el poder compartir la cruz de los otros y experimentar que así caminamos contigo. Danos la gracia de reconocer con gozo que, precisamente compartiendo

tu sufrimiento y los sufrimientos de este mundo, nos hacemos servidores de la salvación, y así podemos ayudar a construir tu cuerpo, la Iglesia.

Todos: Padre nuestro...

## SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro de Jesús



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del profeta Isaías 53,2-3:

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a

sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

Del libro de los Salmos 26,8-9:

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.

### MEDITACIÓN

«Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 26,8-9). Verónica -Berenice, según la tradición griega- encarna este anhelo que acomuna a todos los hombres piadosos del Antiguo Testamento, el anhelo de todos los creyentes de ver el rostro de Dios. Ella, en principio, en el Vía Crucis de Jesús, no hace más que prestar un servicio de bondad femenina: ofrece un lienzo a Jesús. No se deja contagiar ni por la brutalidad de los soldados, ni inmovilizar por el miedo de los discípulos. Es la imagen de la mujer buena que, en la turbación y en la oscuridad del corazón, mantiene el brío de la bondad, sin permitir que su corazón se oscurezca. «Bienaventurados los limpios de corazón -había dicho el Señor en el Sermón de la montaña-, porque verán a Dios» (Mt 5,8). Inicialmente, Verónica ve solamente un rostro maltratado y marcado por el dolor. Pero el acto de amor imprime en su corazón la verdadera imagen de Jesús: en el rostro humano, lleno de Sangre y heridas, ella ve el rostro de Dios y de su bondad, que nos acompaña también en el dolor más profundo. Únicamente podemos ver a Jesús con el corazón. Solamente el amor nos deja ver y nos hace puros. Sólo el amor nos permite reconocer a Dios, que es el amor mismo.

### ORACIÓN

Danos, Señor, la inquietud del corazón que busca tu rostro. Protégenos de la oscuridad del corazón que ve solamente la superficie de las cosas.

Danos la sencillez y la pureza que nos permiten ver tu presencia en el mundo. Cuando no seamos capaces de realizar grandes cosas, danos la

fuerza de una bondad humilde. Graba tu rostro en nuestros corazones, para que así podamos encontrarte y mostrar al mundo tu imagen.

Todos: Padre nuestro...

### SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del libro de las Lamentaciones 3,1-2.9.16:

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. Él me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis

caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

### MEDITACIÓN

La tradición de las tres caídas de Jesús y del peso de la cruz hace pensar en la caída de Adán -en nuestra condición de seres humanos caídos- y en el misterio de la participación de Jesús en nuestra caída. Ésta adquiere en la historia formas siempre nuevas. En su primera carta, San Juan habla de una triple caída del hombre: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Interpreta de este modo, desde la perspectiva de los vicios de su tiempo, con todos sus excesos y perversiones, la caída del hombre y de la humanidad. Pero podemos pensar también en cómo la cristiandad, en la historia más reciente, como cansándose de la fe, ha abandonado al Señor: las grandes ideologías, lo mismo que la superficialidad del hombre que ya no cree en nada y se deja llevar simplemente por la corriente, han creado un nuevo paganismo, un paganismo peor que, queriendo olvidar definitivamente a Dios, ha terminado por desentenderse del hombre. El hombre, pues, yace por tierra. El Señor lleva este peso y cae y cae, para poder venir a nuestro encuentro; Él nos mira para que despierte nuestro corazón; cae para levantarnos.

### ORACIÓN

Señor Jesucristo, has llevado nuestro peso y continúas llevándolo. Es nuestra carga la que te hace caer. Pero levántanos Tú, porque solos no podemos alzarnos del polvo. Líbranos del poder de la concupiscencia. En lugar de un corazón de piedra, danos de nuevo un corazón de carne, un corazón capaz de ver. Destruye el poder de las ideologías, para que los hombres puedan reconocer que están entretejidas de mentiras. No permitas que el muro del materialismo llegue a ser insuperable. Haz que te reconozcamos de nuevo. Haznos sobrios y vigilantes para poder resistir a las fuerzas del mal y ayúdanos a reconocer las necesidades interiores y exteriores de los demás, a socorrerlos. Levántanos para poder levantar a los demás. Danos esperanza en medio de toda esta oscuridad, para que seamos portadores de esperanza para el mundo.

Todos: Padre nuestro...

## OCTAVA ESTACIÓN

Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Lucas 23,28-31:

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: «Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado». Entonces empezarán a decirles a los montes: «Desplomaos sobre nosotros»; y a las colinas:



«Sepultadnos»; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

### MEDITACIÓN

Oír a Jesús cuando exhorta a las mujeres de Jerusalén que lo siguen y lloran por Él, nos hace reflexionar. ¿Cómo entenderlo? ¿Se tratará quizás de una advertencia ante una piedad puramente sentimental, que no llega a ser conversión y fe vivida? De nada sirve compadecer con palabras y sentimentalmente los sufrimientos de este mundo, si nuestra vida continúa como siempre. Por esto el Señor nos advierte del riesgo que corremos nosotros mismos. Nos muestra la gravedad del pecado y la seriedad del juicio. No obstante todas nuestras palabras de preocupación por el mal y los sufrimientos de los inocentes, ¿no estamos tal vez demasiado inclinados a dar escasa importancia al misterio del mal? En la imagen de Dios y de Jesús al final de los tiempos, ¿no vemos, quizás, únicamente el aspecto dulce y amoroso, mientras descuidamos tranquilamente el aspecto del juicio? ¿Cómo podrá Dios -pensamos- hacer de nuestra debilidad un drama? ¡Somos solamente hombres! Pero ante los sufrimientos del Hijo vemos toda la gravedad del pecado y cómo debe ser expiado del todo para poder superarlo. No se puede seguir trivializando el mal al contemplar la imagen del Señor que sufre. También a nosotros Él nos dice: «No lloréis por mí; llorad más bien por vosotros... porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?».

### ORACIÓN

Señor, a las mujeres que lloraban les hablaste de penitencia, del día del Juicio, cuando nos encontremos en tu presencia, en presencia del Juez del mundo. Nos llamas a salir de la trivialización del mal con la que nos tranquilizamos para poder así continuar nuestra vida de siempre. Nos muestras la gravedad de nuestra responsabilidad, el peligro de que se nos encuentre culpables y estériles en el Juicio. Haz que no nos limitemos a caminar junto a ti, ofreciéndote sólo palabras de compasión.

Conviértenos y danos una vida nueva; no permitas que, al final, nos quedemos como el leño seco, sino que lleguemos a ser sarmientos vivos

en ti, la vida verdadera, y que produzcamos frutos para la vida eterna (cf. Jn 15,1-10).

Todos: Padre nuestro...

## NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del libro de las Lamentaciones 3,27-32:

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizás haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo

hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los humanos: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

## MEDITACIÓN

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres en general, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? ¡Cuántas veces se abusa del Santo sacramento, de su presencia, en qué vacío y maldad de corazón entra Él con frecuencia! ¡Cuántas veces celebramos sólo nosotros sin darnos cuenta siquiera de Él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y también entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a Él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la reconciliación, en el cual Él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspassa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo más profundo del alma: Kyrie, eleison - «Señor, sálvanos» (cf. Mt 8,25).

## ORACIÓN

Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace agua por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruman su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los ensuciamos nosotros mismos. Nosotros somos quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. Ten piedad de tu Iglesia: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, te arrastramos a tierra, y Satanás se alegra, porque espera que nunca podamos levantarnos; espera que tú, arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedes abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y Santifica a tu Iglesia. Sálvanos y Santifícanos a todos.

Todos: Padre nuestro...

## DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,33-36:

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; Él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

## MEDITACIÓN

Jesús es despojado de sus vestiduras. El vestido confiere al hombre una posición social; indica su lugar en la sociedad, le hace ser alguien. Ser desnudado en público significa que Jesús no es nadie, no es más que un marginado, despreciado por todos. El momento de despojarlo nos recuerda también la expulsión del paraíso: ha desaparecido en el hombre el esplendor de Dios y ahora se encuentra en el mundo desnudo y al descubierto, y se avergüenza. Jesús, de esta forma, asume una vez más la situación del hombre caído. Jesús despojado nos recuerda que todos nosotros hemos perdido la «primera vestidura» y, por tanto, el esplendor de Dios. Al pie de la cruz los soldados echan a suerte sus míseras pertenencias, sus vestidos. Los evangelistas lo relatan con palabras tomadas del Salmo 21,19 y nos indican así lo que Jesús dirá a los discípulos de Emaús: todo se cumplió «según las Escrituras». Nada es pura coincidencia, todo lo que sucede está dicho en la Palabra de Dios, confirmado por su designio divino. El Señor experimenta todas las fases y grados de la perdición de los hombres, y cada uno de ellos, no obstante su amargura, son un paso de la redención: así devuelve Él a casa la oveja perdida. Recordemos también que Juan precisa el objeto del sorteo: la túnica de Jesús, «tejida de una pieza de arriba abajo» (Jn 19,23). Podemos considerarlo una referencia a la vestidura del sumo sacerdote, que era «de una sola pieza», sin costuras (Flavio Josefo, Ant. jud., III, 161). Éste, el Crucificado, es de hecho el verdadero sumo sacerdote.

## ORACIÓN

Señor Jesús, has sido despojado de tus vestiduras, expuesto a la deshonra, expulsado de la sociedad. Te has cargado de la deshonra de Adán, Sanándolo. Te has cargado con los sufrimientos y necesidades de los pobres, de los excluidos del mundo. Pero es exactamente así como cumples la palabra de los profetas. Es así como das significado a lo que aparece sin significado. Es así como nos haces reconocer que tu Padre te tiene en sus manos, a ti, a nosotros y al mundo. Concédenos un profundo respeto hacia el hombre en todas las fases de su existencia y en todas las situaciones en las cuales lo encontramos. Revístenos de la luz de tu gracia.

Todos: Padre nuestro...

## DÉCIMA PRIMERA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la cruz



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,37-42:

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con Él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y Él no se puede salvar. ¿No es el Rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

## MEDITACIÓN

Jesús es clavado en la cruz. La Sábana Santa de Turín nos permite hacernos una idea de la increíble crueldad de este procedimiento. Jesús no bebió el calmante que le ofrecieron: asume conscientemente todo el dolor de la crucifixión. Todo su cuerpo está martirizado; se han cumplido las palabras del Salmo: «Yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo» (Sal 21,27). «Como uno ante quien se oculta el rostro, era despreciado... Y con todo, eran nuestros sufrimientos los que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba» (Is 53,3 ss). Detengámonos ante esta imagen de dolor, ante el Hijo de Dios sufriente. Mirémosle en los momentos de nuestra satisfacción y gozo, para aprender a respetar sus límites y a ver la superficialidad de todos los bienes puramente materiales. Mirémosle en los momentos de adversidad y angustia, para reconocer que precisamente así estamos cerca de Dios. Tratemos de descubrir su rostro en aquellos que tendemos a despreciar. Ante el Señor condenado, que no quiere usar su poder para descender de la cruz, sino que más bien soportó el sufrimiento de la cruz hasta el final, podemos hacer aún otra reflexión. Ignacio de Antioquia, encadenado por su fe en el Señor, elogió a los cristianos de Esmirna por su fe inquebrantable: dice que estaban, por así decir, clavados con la carne y la Sangre a la cruz del Señor Jesucristo (1,1). Dejémosnos clavar a Él, sin ceder a ninguna tentación de apartarnos, ni a las burlas que nos inducen a darle la espalda.

## ORACIÓN

Señor Jesucristo, te has dejado clavar en la cruz, aceptando la terrible crueldad de este dolor, la destrucción de tu cuerpo y de tu dignidad. Te has dejado clavar, has sufrido sin evasivas ni compromisos. Ayúdanos a no desertar ante lo que debemos hacer. A unírnos estrechamente a ti. A desenmascarar la falsa libertad que nos quiere alejar de ti. Ayúdanos a

aceptar tu libertad «comprometida» y a encontrar en la estrecha unión contigo la verdadera libertad.

Todos: Padre nuestro...

## DÉCIMA SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Juan 19,19-20:

Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en Él estaba escrito: «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos; estaba cerca de la ciudad el lugar donde crucificaron a Jesús y estaba escrito en hebreo, latín y griego.



Del Evangelio según San Mateo 27,45-50.54:

Desde el mediodía hasta la media tarde vinieron tinieblas sobre toda aquella región. A media tarde Jesús gritó: «Elí, Elí lamá sabaktaní», es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Al oírlo algunos de los que estaban por allí dijeron: «A Elías llama éste». Uno de ellos fue corriendo; enseguida cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús dio otro grito fuerte y exhaló el espíritu. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios».

### MEDITACIÓN

Sobre la cruz -en las dos lenguas del mundo de entonces, el griego y el latín, y en la lengua del pueblo elegido, el hebreo- está escrito quien es Jesús: el Rey de los judíos, el Hijo prometido de David. Pilato, el juez injusto, ha sido profeta a su pesar. Ante la opinión pública mundial se proclama la realeza de Jesús. Él mismo había declinado el título de Mesías porque habría dado a entender una idea errónea, humana, de poder y salvación. Pero ahora el título puede aparecer escrito públicamente encima del Crucificado. En efecto, Él es verdaderamente el rey del mundo. Ahora ha sido realmente «ensalzado». En su descendimiento, ascendió. Ahora ha cumplido radicalmente el mandamiento del amor, ha cumplido el ofrecimiento de sí mismo y, de este modo, manifiesta al verdadero Dios, al Dios que es amor. Ahora sabemos que es Dios. Sabemos cómo es la verdadera realeza. Jesús reza el Salmo 21, que comienza con estas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 21,2). Asume en sí a todo el Israel sufriente, a toda la humanidad que padece, el drama de la oscuridad de Dios, manifestando de este modo a Dios justamente donde parece estar definitivamente vencido y ausente. La cruz de Jesús es un acontecimiento cósmico. El mundo se oscurece cuando el Hijo de Dios padece la muerte. La tierra tiembla. Y junto a la cruz nace la Iglesia en

el ámbito de los paganos. El centurión romano reconoce y entiende que Jesús es el Hijo de Dios. Desde la cruz, Él triunfa siempre de nuevo.

### ORACIÓN

Señor Jesucristo, en la hora de tu muerte se oscureció el sol. Constantemente estás siendo clavado en la cruz. Precisamente en este momento histórico vivimos en la oscuridad de Dios. Por el gran sufrimiento, y por la maldad de los hombres, el rostro de Dios, tu rostro, aparece difuminado, irreconocible. Pero en la cruz te has hecho reconocer. Porque eres el que sufre y el que ama, eres el que ha sido ensalzado. Precisamente desde allí has triunfado. En esta hora de oscuridad y turbación, ayúdanos a reconocer tu rostro. A creer en ti y a seguirte en el momento de la necesidad y de las tinieblas. Muéstrate de nuevo al mundo en esta hora. Haz que se manifieste tu salvación.

Todos: Padre nuestro...

## DECIMA TERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre.



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,54-55:

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba dijeron aterrorizados: «Realmente éste era Hijo de Dios». Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para atenderle.

### MEDITACIÓN

Jesús está muerto; de su corazón traspasado por la lanza del soldado romano mana Sangre y agua: misteriosa imagen del caudal de los

sacramentos, del Bautismo y de la Eucaristía, de los cuales, por la fuerza del corazón traspasado del Señor, renace siempre la Iglesia. A Él no le quiebran las piernas como a los otros dos crucificados; así se manifiesta como el verdadero cordero pascual, al cual no se le debe quebrantar ningún hueso (cf. Ex 12,46). Y ahora que ha soportado todo, se ve que, a pesar de toda la turbación del corazón, a pesar del poder del odio y de la vileza, Él no está solo. Están los fieles. Al pie de la cruz estaba María, su Madre, la hermana de su Madre, María, María Magdalena y el discípulo que Él amaba. Llega también un hombre rico, José de Arimatea: el rico logra pasar por el ojo de la aguja, porque Dios le da la gracia. Entierra a Jesús en su tumba aún sin estrenar, en un jardín: donde Jesús es enterrado, el cementerio se transforma en un vergel, el jardín del que había sido expulsado Adán cuando se alejó de la plenitud de la vida, de su Creador. El sepulcro en el jardín manifiesta que el dominio de la muerte está a punto de terminar. Y llega también un miembro del Sanedrín, Nicodemo, al que Jesús había anunciado el misterio del renacer por el agua y el Espíritu. También en el Sanedrín, que había decidido su muerte, hay alguien que cree, que conoce y reconoce a Jesús después de su muerte. En la hora del gran luto, de la gran oscuridad y de la desesperación, surge misteriosamente la luz de la esperanza. El Dios escondido permanece siempre como Dios vivo y cercano. También en la noche de la muerte, el Señor muerto sigue siendo nuestro Señor y Salvador. La Iglesia de Jesucristo, su nueva familia, comienza a formarse.

## ORACIÓN

Señor, has bajado hasta la oscuridad de la muerte. Pero tu cuerpo es recibido por manos piadosas y envuelto en una sábana limpia (cf. Mt 27,59). La fe no ha muerto del todo, el sol no se ha puesto totalmente. ¡Cuántas veces parece que estés durmiendo! ¡Qué fácil es que nosotros, los hombres, nos alejemos y nos digamos a nosotros mismos: Dios ha muerto! Haz que en la hora de la oscuridad reconozcamos que tú estás presente. No nos dejes solos cuando nos aceche el desánimo. Y ayúdanos a no dejarte solo. Danos una fidelidad que resista en el extravío y un amor que te acoja en el momento de tu necesidad más extrema, como tu

Madre, que te arropa de nuevo en su seno. Ayúdanos, ayuda a los pobres y a los ricos, a los sencillos y a los sabios, a ver a través de sus miedos y sus prejuicios, y a ofrecerte nuestros talentos, nuestro corazón, nuestro tiempo, preparando así el jardín en el cual pueda tener lugar la resurrección.

Todos: Padre nuestro...

### **DECIMO CUARTA ESTACIÓN**

Jesús es puesto en el sepulcro



V/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R/. Pues por tu Santa cruz redimiste al mundo.

Del Evangelio según San Mateo 27,59-61:

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

### MEDITACIÓN

Jesús, deshonrado y ultrajado, es puesto en un sepulcro nuevo con todos los honores. Nicodemo lleva una mezcla de mirra y áloe de cien libras para difundir un fragante perfume. Ahora, en la entrega del Hijo, como ocurriera en la unción de Betania, se manifiesta una desmesura que nos recuerda el amor generoso de Dios, la «sobreabundancia» de su amor. Dios se ofrece generosamente a sí mismo. Si la medida de Dios es la sobreabundancia, también para nosotros nada debe ser demasiado para Dios. Es lo que Jesús nos ha enseñado en el Sermón de la montaña (cf. Mt 5,20). Pero es necesario recordar también lo que San Pablo dice de Dios, el cual «por nuestro medio difunde en todas partes el olor de su conocimiento. Pues nosotros somos (...) el buen olor de Cristo» (2 Co 2,14-15). En la descomposición de las ideologías, nuestra fe debería ser una vez más el perfume que conduce a las sendas de la vida. En el momento de su sepultura, comienza a realizarse la palabra de Jesús: «En verdad, en verdad os digo: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, dará mucho fruto» (Jn 12,24). Jesús es el grano de trigo que muere. Del grano de trigo enterrado comienza la gran multiplicación del pan que dura hasta el fin de los tiempos: Él es el pan de vida capaz de saciar sobreabundantemente a toda la humanidad y de darle el sustento vital: el Verbo de Dios, que es carne y también pan para nosotros, a través de la cruz y la resurrección. Sobre el sepulcro de Jesús resplandece el misterio de la Eucaristía.

### ORACIÓN

Señor Jesucristo, al ser puesto en el sepulcro has hecho tuya la muerte del grano de trigo, te has hecho el grano de trigo que muere y produce fruto con el paso del tiempo, hasta la eternidad. Desde el sepulcro iluminas para siempre la promesa del grano de trigo del que procede el

verdadero maná, el pan de vida en el cual te ofreces a ti mismo. La Palabra eterna, a través de la encarnación y la muerte, se ha hecho Palabra cercana; te pones en nuestras manos y entras en nuestros corazones para que tu Palabra crezca en nosotros y produzca fruto. Te das a ti mismo a través de la muerte del grano de trigo, para que también nosotros tengamos el valor de perder nuestra vida para encontrarla; a fin de que también nosotros confiemos en la promesa del grano de trigo. Ayúdanos a amar cada vez más tu misterio eucarístico y a venerarlo, a vivir verdaderamente de ti, Pan del cielo. Ayúdanos a ser tu «perfume», a hacer perceptibles las huellas de tu vida en este mundo. Al igual que el grano de trigo se alza de la tierra como retoño y espiga, así también tú no podías permanecer en el sepulcro: el sepulcro está vacío porque Él - el Padre- no te «entregó a la muerte, ni tu carne conoció la corrupción» (Hch 2,31; Sal 15,10). No, tú no has conocido la corrupción. Has resucitado y has abierto el corazón de Dios a la carne transformada. Haz que podamos alegrarnos de esta esperanza y llevarla gozosamente al mundo, para ser de este modo testigos de tu resurrección.

Todos: Padre nuestro...

